

Y así, de ese modo, franqueó el poeta Manuel Altolaguirre el antimágico portalón —Dante, Dostoievsky, Gorki— de un inmundo *cobijo infernal para españoles*. Lejos de huirle, salió a su encuentro.

*Casi nadie dormía, pero todos los cuerpos reposaban tendidos sobre la paja. Había hileras de bloques amarillos formando muros que separaban las mujeres de los hombres, muros que se iban deshaciendo poco a poco. De trecho en trecho, el agua, en cubos para la bebida. Sólo vi en pie a un hombre indiferente y a los soldados negros con sus fusiles y las bayonetas.*

El poeta Manuel Altolaguirre dio el paso decisivo sin vacilar, atravesando la infernal frontera a la (de)sazón extrañamente ataviado. En la precipitada huida, puesto a salvar al menos la ropa, concibió la peregrina idea, al verse privado de maleta, de vestir a la vez todas las piezas de su propiedad. A la manera de las *katiuskas* rusas primero se divisaba un hombrón inflado de color azul, correspondiente al enorme abrigo que lo cubría todo, debajo del cual se emboscaba un buen traje de lana... seguido por un chaleco de punto... y otro... y otro... y otro chaleco más, trío prolongado por una fina camisa de seda cuya calidad limitaba contra el último incrustado de una espléndida camiseta termógena. Para remate, y nunca mejor dicho, el estrafalario conjunto aparecía coronado por un soberbio sombrero de copa. La muchedumbre aterida le observaba recelosa. La escena que sigue es de aquelarre, de sordísimo aquelarre cargado de electricidad:

—Dentro de un rato —comenzó a explicar—, cuando descanse un poco, voy a salir del campo. ¿Por quién puedo hacer algo?

Sorpresa y estupor generalizados, anonadamientos, desconfianzas. Un hombre, sin embargo, aceptó en principio el ofrecimiento.

—Soy español —respondió con acento extranjero— y a pesar de que el cónsul francés visó mi pasaporte me han detenido y encerrado, no sé por qué razones. Vaya a su consulado y diga que me reclamen. Esto es una injusticia intolerable.

Como cabía esperar, o como cabía temer, el poeta Manuel Altolaguirre respondió categórico: «Iré con mucho gusto». Pero aquello no le pareció suficiente. De ningún modo estaba dispuesto a limitarse a un solo caso. Él, abstracción hecha de su propia situación, deseaba «hacer algo por todos los demás». Por todos. Ahora bien —añadió—, necesitaba sus nombres. «Usted, amigo, cómo se llama». Silencio sepulcral, silencio hostil. ¿El nombre? ¡Identificarse! Aquella pretensión inquietó sobremanera a su acorralado interlocutor, probablemente acogido al débil salvavidas de una personalidad cambiada. Los tiempos, desde luego, no daban para tamaña dosis de ingenuidad.

—Puede comprometerme. No quisiera... —balbuceó presto ya a esconderse entre la muchedumbre.

«Iba a indignarme», escribe Altolaguirre, «pero le vi los pies y me dio lástima». Entonces se dirigió a un grupo de soldados. *Voy a salir de aquí*, les repitió. Naturalmente, no le creyeron, y él insistió. Dispuesto a demostrárselo sacó la documentación. «Miradla», dijo. En efecto, la tenía en regla; podía abandonar el campo, *un infernal cobijo para españoles*, en cuanto lo deseara. Por toda respuesta, los soldados «me miraron con odio».

—¿Y tu mujer?

—Mi mujer y mi niña... en París, en donde tengo amigos.

Las barreras de la desesperación saltaron en pedazos. Se habló en contra del gobierno, amarga y amargadamente se despotricó contra todo: contra el dinero, contra París, contra la gente con amigos, contra las desigualdades. El poeta Manuel Altolaguirre, sereno y súbito, rompió en mil trozos la piedra de la discordia de su documentación en regla. Asunto concluido para mal de todos y en beneficio de nadie. De nadie distinto a su propia conciencia. Ya era uno más, otro cobijado en el infernal refugio; ya no podía ayudar a nadie, ya ni tan siquiera podía ayudarse a sí mismo. «Desde aquel momento me tomaron por loco».

Luego, provisto de un vaso de plata, absurdamente alojado entre tanta miseria, fue ofreciendo agua por las galerías. Nadie tenía sed, nadie aceptaba su agua. Era como el pan del gendarme y aquellos seres la rechazaban. A un mozalbete incluso se le ocurrió la (des)gracia de imitarle.

—¿No hay ningún herido que quiera agua? —predicaba con voz meliflua.

Altolaguirre, enfurecido, le arrebató su vaso, lo llenó de agua y con decidido acento repitió, mirándole fijamente: «¿No hay ningún herido que quiera agua?».

Entonces fue cuando salió del grupo el soldado de la guerrera rota. Con la gelidez del derrotado que ya nada teme aquel soldado, se limitó a preguntarle cuanto le había costado su imponente y hermoso abrigo de lana azul. *Cuánto, ¿eh?, cuánto*.

—Eres rico, ¿verdad? —le reprochó otra voz, ésta oculta entre la masa.

Sin acertar a controlarse, el poeta Manuel Altolaguirre reaccionó con paradisiaca espontaneidad inútil: primero se despojó del abrigo, luego de la chaqueta, después de un chaleco, de otro, de otro y de otro... Al final apareció completamente desnudo. Las mujeres y los niños, tendidos por el suelo, le observaban inmutables, reconcentrados en su silencio. La escena, cada instante más cargada de tensión, sería al cabo rota por un oficial. «¡Ya es bastante!», gritó, haciendo de su grito el único refugio de humanidad.

A sus órdenes, mecánicos y ágiles, cuatro soldados senegaleses se arrojaron sobre Altolaguirre. La poderosa voz del odio se adueñó acto seguido de la multitud, deshecha en aullidos contra todo.

—¡Fusiladle! ¡Fusiladle! ¡Es un provocador! ¡Que lo fusilen!

Lo peor, lo más pérfido, lo que más daño le hizo, fue esta asperísima frase, masticada a media voz y lanzada entre dientes cuando ya los soldados senegaleses le sacaban del campo para conducirlo al médico:

—Es un vivo que sabe demasiado.

«¿Un vivo yo?», seguía preguntándose con asombro años después Altolaguirre, o sea, *un vivales, como se dice por mi Andalucía. Quería morirme, quería morirme, quería morirme.*

Por fortuna, no vino la muerte. Llegó la emoción, llegaron las lágrimas y también llegó con ellas el nítido recuerdo del último poema publicado en España. Con él, lentamente, se fue serenando:

Recuerda todas las fechas,  
recuerda todas las cosas,  
limita con blancas nubes  
el jardín de tu memoria.  
Muérete debajo de ellas,  
bajo su sombra.  
*Dios mío, Dios mío, recé... Sálvame, Sálvame*

Mundo de recuerdos y remembranzas el del exilio, cuando el vivificador fluir de éstos se erige en apasionada razón de ser, en prueba palpable de personal existencia y definitivo testimonio de identidad, la reconstrucción —hasta aquí— de la pesadilla desolada de la huida a través de los Pirineos nevados, con encarnizamiento perseguida la masa de derrotados por la incansable aviación del enemigo, acosada por el frío, sacudida por el hambre y diezmada por las enfermedades, el terrible episodio del campo de internamiento y la posterior angustia del manicomio de Perpignan, su relato, se basa en la primera memoria, desvelada y dolorosa, del mismo Manuel Altolaguirre, editor, además, de tan personales *Confesiones* mediante un par de cuadernillos, por desgracia únicos. Salieron de las prensas de *La Verónica* y a ellos se ciñó la existencia de la primera de sus dos revistas cubanas: *Atentamente*, de junio y julio de 1940, entregas ambas completadas por sendas brevísimas notas, representativos exponentes de los principios literarios básicos del autor, machadiano puro y purísimo juanramoniano: la palabra esencial, medida y exacta, en el tiempo, en *su* tiempo. Las cuales, explicándolo no ya todo, sino aun bastante más, dicen así, y a fe mía que lo dicen, sobre todo, *Atentamente*. Me imagino al escritor abstraído e inmóvil, como asomado —largo tiempo asomado— al interior de sus más secretas galerías, los ojos brillantes bajo el efecto de aquel recordar silencioso. *Atentamente*, decía:

1

ME PROPUSE escribir un libro a viva voz, no literario. La mínima sospecha de que éste sea un libro representativo, me mueve a publicarlo, «atentamente», con cierta amarga cortesía.

2

TODO cuanto tengo presente en mi conciencia es lo que dejo ver en estas páginas. Nada de lo que refiero pertenece al pasado. No se puede decir de este conjunto de emociones que constituya mi vida anterior.

Vida interior, presente, dolorosa.

*Atentamente*, o sea, con puntualidad pero también con *cierta amarga cortesía*. Con estudiada deliberación se velan los nombres: «Mientras me estoy muriendo solo, sobre estas tablas de madera, allá en París (aquí unos nombres) estarán con sus hijos y mujeres»; con calculado tacto se construye un relato despersonalizadamente personalizado, con virtualidad de símbolo, espejo claro para la infinitud de seres que por los malos avatares del destino se hayan visto obligados a recorrer las zonas antimágicas de los infrahombres, el mundo de los antisueños, el río («nuestras vidas son los ríos») *sin porvenir de la muerte*.

*Nada de lo que refiero pertenece al pasado... Vida interior, presente, dolorosa*. El último poema de *Las islas invitadas* (1944), muy probablemente escrito en Cuba, añade al respecto el colofón necesario. Responde al elocuente título de «No olvides» y, en su esencial brevedad, dice así:

Recuerda todas las fechas.  
Recuerda todas las cosas.  
Limita con blancas nubes  
el jardín de tu memoria.  
Muérete debajo de ella,  
bajo su sombra.

En fin, *atentamente*, continuemos.

**Gonzalo Santonja**

Jackson Pollock,  
*Sombras*, 1954

